

Maria Teresa
Echeverria Sanchez

Destino mágico



DESTINO MÁGICO

Dedico este libro a mis padres Felisa y Paco que siempre creyeron en mí.

También a mis hermanas Merche, Maribel y Bego que me apoyan día tras día en la tarea de tejer historias.

1. EL ORIGEN

*“Los dioses antiguos ejercen su poder desde el olvido, vi-
viendo eternamente en las leyendas”*

Bosque de Galicia, España, primavera de 27 a. C.

El destino de un pueblo comenzó a escribirse en el momento que el amanecer se coló entre la espesura de los árboles. Los robles con sus dedos de hojas, intentaban capturar las hilachas de niebla algodonosa que la humedad del alba esparcía por la floresta.

Cuatro figuras se materializaron entre la bruma en un claro del bosque. En el centro del mismo un gigantesco roble, meciendo sus hojas al ritmo del viento, les dio la bienvenida. Despacio, sin prisa, los encapuchados se colocaron en un círculo alrededor del árbol, descubriéndose la cabeza en señal de respeto. En la tenue luz de la alborada, los cuellos relumbraron de oro, adornados con espléndidas torques. Tres hombres y una mujer de porte regio, altos y envueltos en capas blancas, se distribuyeron en los cuatro puntos cardinales del círculo.

El más anciano, de cabello y barba níveos, se situó al oeste, en el área del conocimiento. Entreabriendo su capa mostró el ramillete de muérdago cortado con la hoz de oro que sujetaba en la mano. Así mismo, con un soplido encendió una vela de cera de abejas. El siguiente en el mágico circuito era un hombre de gran envergadura, recogido el pelo gris en una trenza que caía por la espalda. Era portador de un recipiente de concha en cuyo interior bailaba el agua del manantial; se colocó al norte en el terreno del valor y la fortaleza. El tercer lugar lo ocupaba una hermosa mujer de mediana edad; un mar de rizos con reflejos de cobre y plata amenazaba con escapar de una diadema de bronce. Con estudiados movimientos se ubicó al este en la

zona de la prosperidad, sosteniendo en la palma de la mano una caracola que silbaba con cada ráfaga de viento. El cuarto y último individuo, el más joven, adherida la capa a su cuerpo musculoso, lucía en la frente una cinta roja, distintivo de su condición de mago. Rápidamente se alineó con el sur en el sector de la música y las piedras parlantes, mensajeras de la tierra. Sostenía en sus manos una pequeña vasija de arcilla llena de arena y polvo de oro.

Las ofrendas yacían muy cerca del suelo, encima de una piedra ritual labrada con extraños signos. Dibujaban un cuadrado perfecto entre los elementos colocados allí: aire, fuego, agua y tierra junto con el omnipotente muérdago. Los cuatro druidas se cogieron de las manos y el más anciano comenzó con las oraciones.

—“Con la esencia de muérdago recorriendo nuestros sentidos junto con la energía del bosque, invoco el poder del oeste, del norte, del este y del sur. Que se unan en uno sólo para el rito de la consagración. Este círculo mágico de poder y fuerza lo ofrecemos a Lugh padre de todos los dioses, así como a Belenos, Teutates, Ogmios, Belisama y demás deidades de los bosques, montañas, rocas, manantiales, lagos y ríos. Solicitamos de ellos la chispa sagrada para abrir nuestras mentes al futuro ”-

Los cuatro celebrantes se quedaron en silencio. Los párpados cerrados. Las manos entrelazadas en un circuito de energía. Una chispa de fuego cobró vida y fue dibujando sus siluetas una por una. Los minutos fueron pasando y el sol comenzó a hacer su aparición entre el follaje. Concentrados y cabalgando en un universo paralelo recibieron los primeros mensajes apremiantes. Su tiempo se acababa.

Al fin volvieron en sí y lentamente rompieron el círculo mágico. Para entonces el sol del mediodía se columpiaba entre las copas de los árboles.

El anciano habló primero:

-Poco tiempo nos queda para realizar una gran tarea. En esta primavera se concebirá al Elegido, aquel que transmitirá nuestro legado a través de los tiempos. En diez primaveras hemos de instruirle para que viva con aquellos que

nos van a aniquilar- Los demás asintieron con una inclinación de cabeza. –Los ritos de fertilidad comenzarán en ocho días cuando la luna llena ilumine el bosque. Los fuegos de Beltane fulgurarán en los bosques durante tres días y tres noches, suspendiendo los lazos maritales hasta que las llamas se extingan. En este periodo se concebirá al que estamos esperando –

La mujer expuso su preocupación en alta voz:

- ¿Seremos capaces de reconocer entre todos los niños de la misma edad al que buscamos? – Los demás contestaron al unísono – “Rogaremos cada día a los dioses para que los ojos de nuestras mentes se abran y cumplamos con la tarea que se nos ha encomendado”-

2. EL DESMANTELAMIENTO

“Desmontar la casa de los que murieron es trágico y doloroso, porque parte de ellos sigue allí, entre las cosas que siempre les rodearon”

Madrid, España, primavera de 2005

La llamada de mi hermana Amaya me dejó deshecha en lágrimas. Papá acababa de fallecer. Después de un triste mes de marzo de enfermedad aguda, un paro cardíaco mientras dormía apagó la llamita de vida que aún bailoteaba en sus oscuros ojos. Nos dejó a todas doloridas, enfrentadas a esa sensación extraña y angustiada de pérdida irreparable.

Mi madre, enferma y afiebrada no fue consciente de la realidad hasta días después. El mismo mal que aquejó a mi padre, hizo intentos de llevársela a ella también, tirando con fuerza de la fragilidad física de su cuerpo de anciana. Ella sobrevivió al ataque. Comenzó a restablecerse y a preguntar por el estado de mi padre. Cuando le comunicamos la triste noticia, el golpe terrible la sacudió como una descarga eléctrica. No hubo consuelo para su pena en mucho tiempo. Siguió viviendo en la residencia de ancianos muy a nuestro pesar. Su demencia ya requería cuidados especiales.

Pasaron unos meses y pusimos a la venta el piso de nuestros padres, deshabitado desde su ingreso en la residencia.

Las casas vacías se deterioran más rápidamente que las habitadas. Las viviendas tienen un alma que es feliz cuando sirven para lo que fueron construidas: albergar y cobijar a las personas. Por eso, para engañar un poco a la casa y ralentizar su deterioro, cada semana, una de nosotras, iba a limpiarla y adecentarla.

Tardamos en vender el piso más de un año. A Diana, mi hermana pequeña, se le ocurrió que debíamos “ayudar” de alguna manera simbólica.

– “Una compañera de trabajo estuvo en el mismo caso que nosotras, colgó una llave vieja con un lazo rojo de una de las paredes para atraer la buena suerte, y la venta funcionó enseguida. ¡Podríamos probar! Total no tenemos nada que perder” –

Buscamos en nuestros respectivos hogares una llave antigua. El resultado fue infructuoso. Recordé que no habíamos hecho un registro a fondo de la casa de nuestros padres. La empresa fue coronada por el éxito más absoluto. En un cajón de la cómoda del recibidor la encontramos. La llave no era muy grande, de unos cinco centímetros de longitud. Su pátina de negrura denotaba gran antigüedad. Mostraba en ambas caras unos grabados geométricos muy bellos. Nos preguntamos de donde habría salido. Ninguna de nosotras recordaba haberla visto antes. La rodeamos con un magnífico lazo rojo, símbolo de la suerte, y allí quedó colgada. Al mes teníamos dos compradores. Nos decidimos por gente conocida, no queríamos que un lugar que representó tanto para nuestros padres cayera en manos de personas sin sentimientos.

La noche anterior a deshacer nuestro antiguo hogar, me costó conciliar el sueño. El desmontar la casa me producía la sensación de cortar otro lazo que me unía a mis progenitores. Era como desarticular su vida en porciones que estaban perfectamente ensambladas entre sí. La llave con su lazo rojo seguía escondiéndose en un rincón de mi memoria, balanceándose de un lado a otro. Una llave era para abrir o cerrar algo. ¿Qué se ocultaría detrás de la cerradura? Aparté la idea rápidamente. Cansada, triste y muy deprimida, después de tomarme cuatro pastillas de valeriana, caí por fin en un sueño inquieto lleno de pesadillas.

El sábado amaneció fresco y soleado. Después de tomar un desayuno energético a base de cereales con nueces y tostadas con mermelada, mi marido y yo nos encaminamos a la casa. A las ocho en punto traspasamos el um-

bral y segundos después ya estábamos metidos en faena. Mis tres hermanas y respectivos cuñados llegaron a los pocos minutos uniéndose al trabajo.

No hablábamos, acallando nuestra pena. Cada una íbamos guardando en cajas, marcadas con nuestros nombres, los lotes que una mano inocente, la de mi sobrina Sofía, nos iba otorgando. Me correspondió la colección de cajitas de porcelana, el mueble del vestíbulo, los candelabros de bronce a juego con el reloj y con la lámpara de dragones alados, así como el bastón de mi padre, el que había utilizado durante los últimos años para caminar antes del periodo final, marcado por la silla de ruedas. Este báculo, el más preciado tesoro de mis nuevas pertenencias, era de color claro y de suave acabado al tacto. Hecho para ser casi eterno, de recias hechuras trabajadas en la dura madera de roble, fue tallado por mi abuelo con sus propias manos, setenta años atrás. Conteniendo las lágrimas lo acaricié lentamente. Sentí como una descarga eléctrica.

3. EL ELEGIDO

“Hay algo que distingue a los elegidos: no necesitan sol para brillar, ya lo hacen con su propio fulgor”

Bosque de Galicia, España, primavera de 23 a. C

Apoyándose en su recio bastón de madera de haya, el anciano se dirigió a la casa custodia de niños. Sin embargo se demoró unos instantes para disfrutar, una vez más, del extraordinario espectáculo que se divisaba desde la colina.

El poblado había ido creciendo paulatinamente desde hacía decenas de veranos. Todavía resonaban en su memoria las palabras de su maestro, aquel venerable octogenario, aficionado a las buenas comidas, narrándole la llegada de la tribu a estas maravillosas tierras que miraban al mar encaramadas a una montaña, y transmitiendo en su voz la aflicción de marcharse de los primitivos dominios destrozados por los terremotos, dejados de los dioses, abandonando sus tierras y las tumbas de los antepasados... Y solo les había quedado la pena pesando como el hierro en sus mentes, en sus entrañas y la urgencia de huir de la destrucción. La larga travesía desde las tierras del norte, portando la nostalgia como principal compañera, fue muy dura. Un rastro de cuerpos sin vida jalonó el camino hasta que encontraron un lugar perfecto para ellos y sus deidades, el sitio donde cumplir con su destino.

La colina elegida como campamento ocupaba un lugar privilegiado en la vigilancia, tanto del mar como de la tierra que se extendía a sus pies. Estaba situada en la desembocadura de un río, y desde allí se podía visualizar la costa de un extremo al otro, así como los extensos campos de cultivo de cereales y los bosques. El lugar se abrigaba con una muralla defensiva de piedra que se ajustaba perfectamente al contorno de todo el terreno habitado. Las

construcciones estaban separadas entre sí por estrechas callejas, algunas de ellas enlosadas, que evitaban arrastrar el barro al interior de los recintos. Todas las viviendas eran circulares, de piedra y arcilla; los tejados de madera y paja cubrían las estancias con bastante efectividad en épocas de lluvia, cosa que era muy común tanto en los suaves inviernos como en los templados veranos. Minúsculas placitas recogían las viviendas de algunos artesanos que necesitaban de más espacio para realizar su trabajo, como los alfareros que disponían de zonas para secar sus piezas al aire antes de una cocción o los herreros que manejaban la fragua sin descanso, modelando enormes espadas de hierro y arcos para los caballos. Los dirigentes druidas y clase principal, habitaban en los recintos más grandes y confortables. Un reducido atrio les permitía guardar sus propias cosechas o enseres. Los dinteles de las puertas estaban ricamente labrados y el olor a apetitosa comida perfumaba, casi permanentemente, cada rincón de estas estancias.

La vivienda a la que se dirigía el viejo druida, una de las más grandes, dejaba escapar por su puerta el sabroso aroma del tomillo y de la carne cocinándose al amor de la lumbre. Al entrar halló a seis muchachas atareadas en atender a un numeroso grupo de infantes. Este refugio ubicado en el centro del castro, al abrigo del enemigo, era considerado el lugar más seguro del poblado. Una veintena de criaturas, desde bebés de pocos meses hasta pequeños de unos cinco años se quedaban a cargo de sus cuidadoras, permitiendo a sus madres salir a entrenarse en la lucha o a cazar alguna pequeña pieza para la comida o cena. Los ataques de las tropas romanas eran cada vez más frecuentes, y todos, menos los pequeños de corta edad, participarían en la defensa del pueblo si éste fuera atacado.

-Te saludo Kara. He recibido tu recado y aquí me tienes, tan veloz como me lo han permitido mis viejos huesos – Comentó entre risas el anciano.

Siempre le ocurría lo mismo, cuando la encontraba, se sentía como un joven muchacho. El vacío se instalaba en

su estómago y lo volvía ligero como si fuera un ser de aire. Todavía recordaba los últimos fuegos de Beltane en los que ella, durante tres noches, le había elegido como compañero de cama. La jefa del refugio se puso en pie para saludar al poderoso hechicero. El anciano, casi cegado por la oscuridad que reinaba en la morada, se dejó guiar por la dulce voz.

-¡Ven Botilkos, acércate a mi lado! -

Cuando sus pupilas se fueron adaptando a la escasa luz que iluminaba la estancia, se vio sorprendido por la belleza de unos ojos verdes que resplandecían como gemas.

-Tengo novedades importantes. ¡Creo que ya he encontrado al Elegido! - Exclamó llena de alborozo. - Te mostraré mi descubrimiento -

Cogiendo al anciano cariñosamente del brazo, le guió hasta un banco curvo de madera adosado a la pared de piedra. Desde allí contemplaron a un grupo de cinco niños de unos dos o tres años sentados en el suelo rodeando en un perfecto círculo a otro mocete de la misma edad que en pie, en el centro del mismo, les contaba una historia:

- "El pájaro azul lloraba triste en una rama. Se había perdido y no encontraba el camino de su casa. Una hormiga le consoló diciéndole que le guiaría hasta su nido..." - De la nada surgió un llama azul que revoloteó entre los pequeños. Al momento otra chispa de luz se unió a la primera. Los demás niños embobados miraban las flamas volar de un lado al otro de la estancia.

- ¡Cado, ven a saludar a Botilkos! - Ordenó Kara al pequeño.

El niño dejó de narrar y se acercó sumiso al anciano. Al instante se esfumaron las chispas flotantes, arrastrando tras de sí una ola de desencanto y llantos. Rápidamente el mago levantó un dedo y dibujo en el aire un dragón tornasolado que, entre bocanadas de humo, repartió golosinas entre los pequeños y acalló los lamentos en un segundo.

-Pequeño, ¿cómo haces para que el fuego te obedezca? - Preguntó el anciano sentándole en sus rodillas.

Masticando ruidosamente una golosina el infante contestó:

–Cierro los ojos y lo pinto en mi cabeza; luego el dibujo escapa de ella y vuela delante de mi cara-

-¡Muy bien Cado, desde mañana te enseñaré a dibujar más cosas en tu cabeza, ya verás cómo vas a disfrutar aprendiendo! – Replico el anciano. Miró a Kara y sus pensamientos se entrelazaron.

– Kara, la más bella de nuestros bosques. Has hecho un buen trabajo con el pequeño. Te felicito, aparte de brillar por tu hermosura, el don para la enseñanza te hace resplandecer ante mis ojos de forma muy especial –

Aunque la madurez la recubría de temple y experiencias como un escudo frente a los demás, la mujer se encontraba desnuda y vulnerable ante el poderoso hechicero, que la hacía temblar de emoción.

- A partir de mañana comenzaré su instrucción. ¡El proceso está en marcha! –

Y dejando al niño en el suelo, aceptó una copa de vino de manos de Kara. Juntos, mirándose el uno al otro olvidaron por un momento que eran dos de los personajes más poderosos de la aldea, y disfrutaron de su secreta intimidad, de miradas acariciadoras, de recuerdos cómplices que les hicieron sonreír al unísono.

4. EL ENIGMA

Madrid, España, primavera 2005

"Toda incógnita tiene una clave escondida a la mirada, no al razonamiento"

Luis, mi marido, y yo como custodios de documentos y administradores, como asesores de toda la vida de mis padres, nos hicimos cargo de carpetas y archivadores. El destino de los muebles y demás enseres, que me correspondieron en el reparto, viajaron a un chalet de mi propiedad situado a 50 kilómetros del centro de Madrid, cerca de las orgullosas faldas de la montaña, custodiado por los picos de La Maliciosa y La Pedriza.

En días posteriores me dediqué a clasificar, actualizar y archivar correctamente todo lo relacionado con los papeles que traje de casa de mis padres. La llave, olvidada con el trájín de la mudanza, apareció misteriosamente en el primer archivador que abrí. No recordaba haberla guardado allí. La última vez que la había visto, seguía colgada detrás de la puerta de entrada de la casa que habíamos desmantelado. Después de una buena sesión de jabón y estropajo, relucía como nueva. Dorada, un poco desgastada por el uso, no había perdido las hendiduras que conformaban su decoración. Cuatro extraños círculos, cincelados a mano, en espiral, enfrentados dos a dos me observaban retadoramente. Una vez más me pregunté sobre el origen de esta preciosa reliquia.

Invasada mi mesa de trabajo de montones de hojas de papel, comencé a deshacerme de antiguos impresos, así como de obsoletos recibos de la luz, el agua y facturas caducadas. El primer archivador quedó vacío y proseguí con el segundo. Un cuadernillo de tapas rojas, de amarillentas hojas cuadrículadas me llamó la atención de inmediato. Lo abrí cuidadosamente. La conocida y preciosa caligrafía de

mi padre, aparecía en forma de versos, pulcramente escritos en índigo con trazo de pluma estilográfica. Poemas de amor para mi madre flotaban envueltos en tinta azul, palabras de ternura, destinadas a ella a lo largo de los años, fechadas y dedicadas, dejaron mis mejillas cubiertas de lágrimas de nostalgia, y con la sensación de haber profanado un santuario.

Hacia la mitad del librito, los poemas cambiaron de destinatario. La dedicatoria era para nosotras, sus hijas. El nombre de cada una aparecía al principio de la página: "Para Amaya, Mónica, Sara y Diana. No olvidéis nunca que para mí, vosotras habéis sido los mejores tesoros que nadie pudo tener jamás"- Dulces y coloristas versos de cariño paternal fueron resbalando ante mis ojos, línea tras línea, arrastrando tras de sí un río de lágrimas y un mar de asombro.

Cuando conseguí dominar el llanto y las emociones, leí con más atención las siguientes estrofas que no guardaban el estilo de los poemas leídos hasta ahora; éstos eran más fríos y extraños:

Con respecto a las cuatro, la primera, la analista eres
 La tercera, la lectora, del origen buscadora.
 La segunda, será la de más poder
 Y la cuarta, la guía, el círculo cerrará

El tesoro descansaba
 En manos de Deus
 Ahora puede que repose
 Cerca de ti, a tu alcance
 En la alacena donde duerme el azúcar
 Te ayudarán los peldaños de una escalera
Sigue los ocho consejos:
 Decisión y coraje siempre juntos.
 Encontrarás lo que buscas si perseveras.
 Suerte es lo que portas en ti misma.
 Piensa y actúa rápido.
 Energía y resolución para llegar a la meta.
 Negativismo llave de la nada.

Soñar y vivir, sin sueños no hay vida.
Adelante no te pares, la clave la estás leyendo.

Pero ¿qué era aquello? No entendía nada de estas poesías tan extrañas. Analicé cada frase aislándola de la siguiente. ¿Sería algún tipo de señal?

Tardé un rato en darme cuenta de que había un mensaje. Algunas letras aparecían en un tono más destacado. Quedaba claro que en el primer poema hacía referencia a cada una de nosotras, la primera era Amaya la analista, la segunda Mónica, la elegida, la tercera era yo misma, la buscadora y la cuarta, la guía se refería a Diana.

Estaba segura de que la poesía escondía algo más y tras pensar un momento, se me ocurrió cerrar la persiana y observar el escrito en la penumbra de la habitación. Efectivamente algunos signos saltaban a la vista impregnados de un desconocido tipo de tinta fluorescente. El mensaje quedó claramente definido en tres cortas palabras: " **Sara buscar despensa**".